La mecedora

Fanny Cisneros

Cae la noche con su sonido tan peculiar; es el fin de un día ajetreado con llantos de los niños, pequeños problemas familiares, carcajeadas ocasionales. Estoy sentada cómodamente en mi mecedora de mimbre, con un vaso de agua mineral y un poco de limón, no puedo tomar otra cosa por mi diabetes, me siento triste y decepcionada, Alfonso se molestó de nuevo, los niños están jugando, sus gritos y risas lo fastidiaron, se puso furioso, vociferando y golpeando puertas dijo:

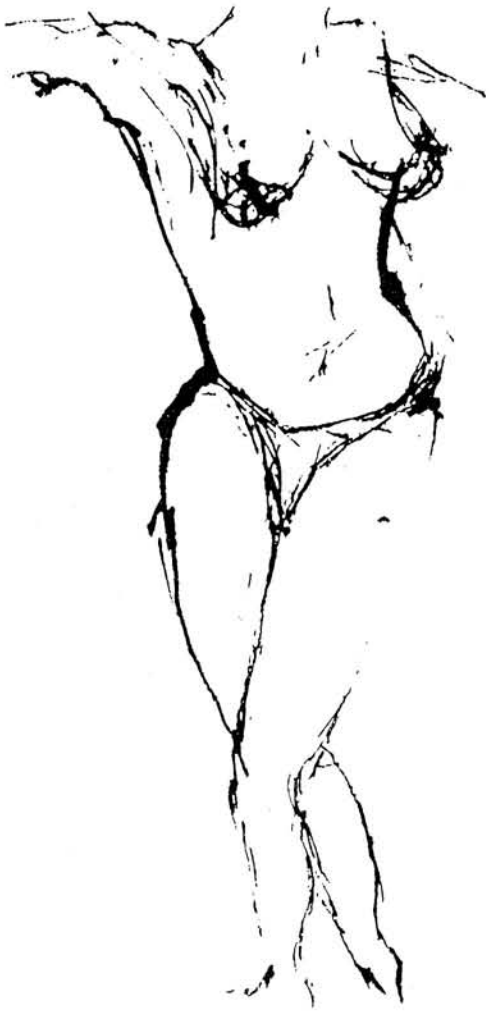
—No hay tranquilidad en esta casa, mejor me largo a donde no me molesten.

Los niños no pueden entender que su padre de sesenta y siete años no tiene y nunca ha tenido la paciencia para tolerarlos, mucho menos para jugar con ellos. Procuro mantenerlos alejados en cuanto él llega del rancho, pero hoy quería que estuvieran conmigo, se me olvidó mandarlos a su recámara.

Probablemente Alfonso se fue a tomar con sus amigos y de seguro regresará hasta la madrugada.

No sé que me pasa, ni por qué estoy así de melancólica. Hoy cumplí cuarenta y tres años y nadie de mi familia me felicitó, se les ha de haber olvidado. Veo que mi vida transcurre sin que yo me atreva a hacer algo por salir de este infierno de celos y malos tratos; económicamente estoy bien, no me puedo quejar, me da todo lo que quiero, y lo que no pude tener cuando estaba chica, a mi hija y mi nieto no les falta nada, no quiero que ellos sufran lo que yo padecí.

Mis hijos se han acostumbrado, hay tranquilidad y silencio, no hay quien me distraiga de mis cavilaciones, tomo un sorbo y me remonto a mi niñez. Esa etapa y la adolescencia fueron determinantes para mi vida; de la infancia tengo recuerdos agradables hasta los seis años, después de esta edad supe la verdad de mi procedencia.



Mi familia, la que yo creí que lo era, se encargó de contarme que mi madre me había abandonado a los seis meses de nacida, que no me quería, que era un estorbo para ella y que por eso me había regalado a su hermano Francisco. Él no podía tener hijos y estaba casado con una mujer que tenía una hija adolescente de una relación previa, pero Francisco la quería como si fuera propia. Al pedirle mi madre que si se quedaba conmigo él aceptó. Fue un gran hombre, humilde, trabajador y de buenos sentimientos. Los primeros años los viví feliz con ellos; su esposa y Concha, su hija, me acogieron. Ella me daba de comer, me atendía y jugaba conmigo, me trataba como si yo fuera suya.

Después de los seis años mi vida empezó a cambiar y a tornarse difícil. Concha, mi hermana de crianza, tuvo una niña, le pusieron Olga. Lógicamente se dedicó a su propia hija y me relegó a segundo plano. No me preocupó, pues yo creí que esa pequeña iba a ser mi hermanita, alguien a quien cuidar y jugar con ella y que las dos íbamos a ser tratadas por igual. No fue así, mi madre adoptiva volcó por completo todo su amor en esa niña, pues ella sí era de su sangre, como siempre me decían. Concha, absorta en su hija, se olvidó de mis necesidades y me empezó a tratar como si yo estuviera más grande, empezaron las diferencias y los gritos.

—Cállate, porque despiertas a Olga.

—Vete al patio a jugar.

—Hazte a un lado, no estorbes.

—No toques a la niña con tus manos.

—Muchacha inútil, buena para nada.

Me dieron labores domésticas, que a esa edad no podía desempeñar muy bien. Si no lo hacía como a ellas les gustaba me regañaban,

incluso llegaron a golpearme. Delante de mi padre por supuesto me trataban bien, todo esto pasaba cuando él no estaba en casa, así que para él no hubo ningún cambio y siempre creyó que yo estaba bien, no se daba cuenta de que la nueva situación me dolía mucho. Empezaron a decirme:

—Eres una arrimada, debes de estar agradecida porque te recogimos.

Tenía que desquitar lo que me comía, por lo tanto las labores que me ponían a hacer, según ellas, apenas compensaban lo que gastaban en mí.

Al recordar esta parte de mi vida creí que ya no dolía, pero sí, todavía duele.

Se escucha un ruido, creo que viene de la recámara de mi nieto, que legalmente es mi hijo; me levanto y voy a ver qué pasa, está despierto y me pide un vaso con agua, lo calmo, lo vuelo a arropar y le digo que se duerma porque se tiene que levantar temprano para ir al colegio. Regreso a mi mecedora, la casa vuelve a quedar en silencio, ese silencio que me obliga a recordar esa parte de mi vida que creí que ya estaba enterrada.

Tengo diez años, estoy lavando a mano la ropa de Olga, a Concha no le gusta que meta a la lavadora los vestidos de su niña; los restrego cuatro o cinco veces, quiero terminar pronto, estoy cansada, anteriormente había barrido y regado el patio. Lo que quiero es salir un rato a la calle a jugar con dos de mis amigas que me están esperando afuera, estoy enjuagando el último vestido cuando escucho la voz de mi madre:

—Rosemarie, Rosemarie, Rosa, muchacha cabezona, parece que estás sorda. ¿Ya terminaste de lavar?

—No —contesté—, todavía me falta tender la ropa en el lazo.

—Pues apúrale, porque Concha y yo vamos a salir y vas a cuidar a Olga hasta que regresemos. Vamos a un "mandado".

Cuando Concha se integró a su trabajo en el jardín de niños, aparte de las labores de la casa, me tocaba cuidar a Olga. Enfurruñada, termino mi labor y me dirijo a la sala para recibir las órdenes que me van a dar. Concha trae puesto el vestido negro entallado, ése que le gusta tanto; así que no van a un "mandado", tiene alguna fiestecita, porque sólo se lo pone en ciertas ocasiones. Veo truncada mi única diversión, pues ellas van a estar fuera toda la tarde y parte de la noche; no me quiero quedar encerrada, nada más cuidando a la "chiquilla" con lo chillona que es; nada más quiere que la traiga cargada, quiero salir a jugar, qué hago, me asomo a ver si ya se fueron, me trepo a la niña en la cadera y me salgo a jugar con mis amigas. Nos pasamos la tarde jugando, pero siempre con Olga abrazada; me cansa, no importa, lo que cuenta es que no me quedé dentro de la casa. Nos sentamos en la banqueta y platicamos un rato, después decidimos jugar "bebeleche", es un juego de brincar; cuando me toca mi turno bajo al suelo a Olga para poder saltar, no me deja y empieza a dar unos berridos y tengo que cargarla de nuevo. Ni modo, debo saltar con todo y ella, pero al inclinarme a recoger mi ficha, con el peso de la niña y sosteniéndome con un solo pie, no puedo guardar el equilibrio y me caigo con todo y criatura. Se escuchan los gritos desaforados de

Olga, mis amigas están asustadas, yo estoy en el suelo, con las rodillas sangrantes. Volteo a ver a Olga que sigue llorando y está sangrando de la boca. Mis amigas huyen despavoridas, yo sigo sentada sobándome las piernas. ¿Por qué se van? me pregunto. ¿Por qué no me ayudan? Me levanto y abrazo a la niña y me dirijo a la casa, para revisar en donde está la herida. Todavía no termino de abrir la puerta cuando siento que me jalan del pelo, giro asustada a ver quién es, y veo que se trata de Concha, con sus gritos histéricos. Con empujones y cachetadas me metió de las orejas a la casa, todavía recuerdo que después de los golpes me castigó por un mes sin salir a jugar a la calle con mis amigas. Creo que los golpes no me dolieron tanto, como el que me prohibieran salir. Y así con castigos, regaños, golpes y salidas ocasionales a jugar a la banqueta de la calle pasé tres años más. A los trece años, cansada y harta de tantas humillaciones, cometí el primer error de mi vida.

Al salir de misa, un domingo como a las siete de la noche, conocí a un hombre que me empezó a cortejar. Yo le dije que tenía más años, pues no aparentaba la edad que tenía, estaba muy desarrollada. Nos veíamos todos los domingos a la salida del templo, creí estar enamorada, el me pidió que nos casáramos, yo acepté, en ese momento vi una luz en mi horizonte y todo lo veía con los ojos del amor. Me casé a los trece años con un hombre de veintisiete. Por tratar de escapar de una situación difícil me metí a otra peor.

Ya es de madrugada, sigo en la mecedora con el vaso en mi mano, se escucha el sonido de la cerradura al introducir la llave, los pasos tambaleantes, las maldiciones por sus tropiezos, y yo, aparentemente en calma, espero...◆

